

Situación
Pamplona · Navarra
Fecha de Proyecto
1997
Final de Obra
1998



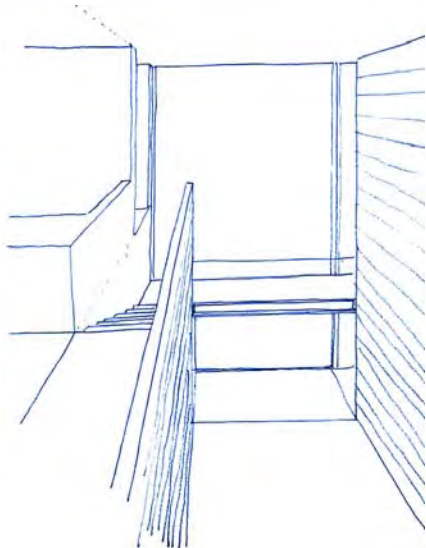
RENDA 4 Oficinas en Pamplona

Una experiencia de arquitectura

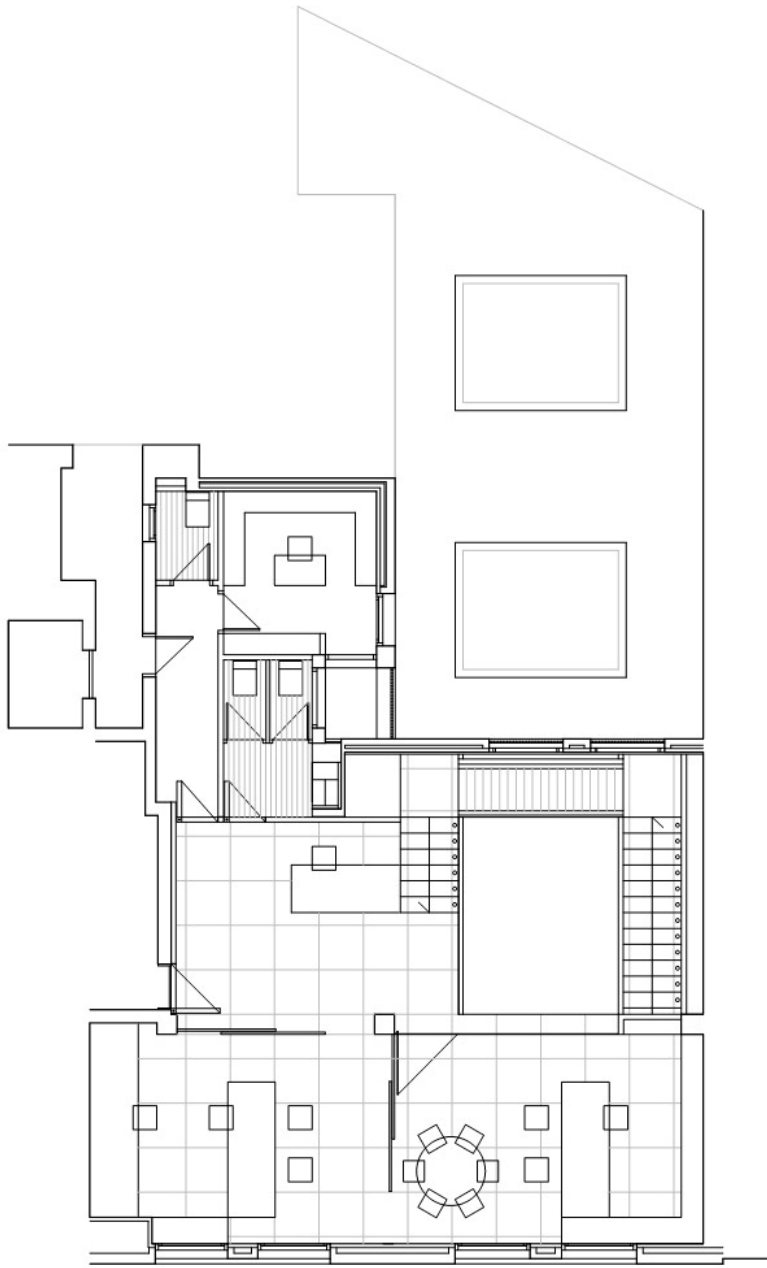
Las nuevas oficinas de Renta4 en Pamplona de Pucho Vallejo y Conrado Capilla por Jacinto Choza (publicado 1998)

Paul Valery iniciaba su libro *Eupalinos o el arquitecto*, escrito al modo de diálogo platónico, con una conversación sobre las formas del habitáculo que se encuentran espontáneamente en la naturaleza, y, en concreto, sobre las conchas y caparazones de los moluscos, y ciertamente, es un buen modo de comenzar una reflexión si se quiere partir del principio según el cual el arte imita a la naturaleza.

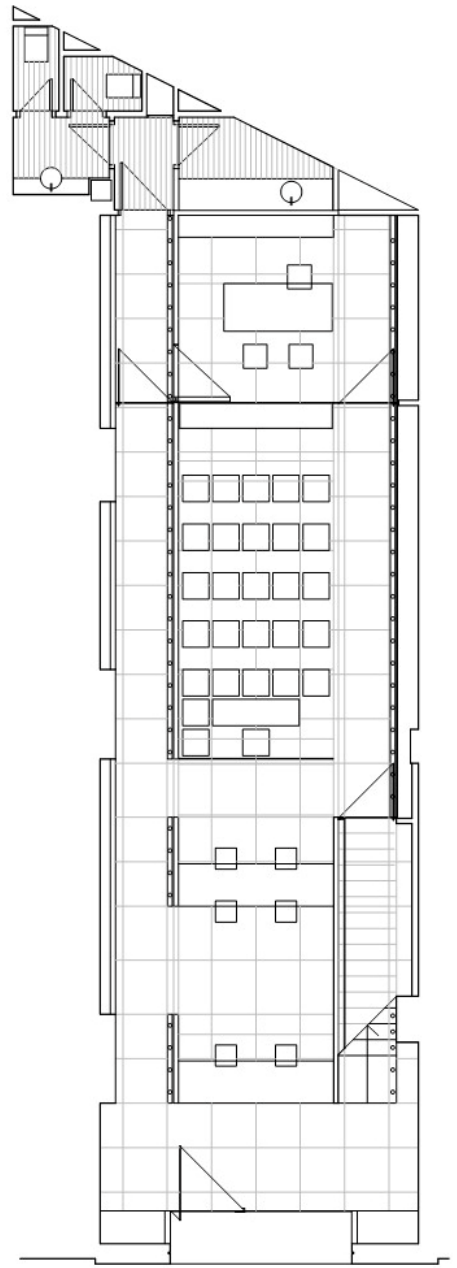
Para quien está familiarizado con la arquitectura, el diálogo de Valery puede evocar inmediatamente el palacio de la ópera de Sidney, levantado como una gigantesca y blanca concha múltiple que sugiere un insólito paso de danza reflejándose sobre el azul intenso de la bahía. Pero también, para quien no está familiarizado con la arquitectura, la tesis de que el arte de los arquitectos reproduce las viviendas que brinda espontáneamente la naturaleza le puede evocar las calabazas y las setas gigantes en que viven los gnomos de los cuentos de hadas, los árboles casa de Robinsón Crusoe y otros relatos de aventuras de los mares del sur, las cuevas de Alí Babá o de los piratas del caribe, las sombrillas de cocotero que pueblan las playas mallorquinas o las estructuras palmeriformes de las cabañas masai en Kenia o de algunas pagodas tailandesas.



Pues bien, cuando Pucho Vallejo y Conrado Capilla quieren dar cuenta de las nuevas oficinas de Renta4 en la calle García Ximénez, 4, de Pamplona, abierta al público en San Fermín de 1998, dicen, entre otras explicaciones, que es una *oficina étnica*, expresando con ello que se trata de una construcción realizada con materiales que se encuentran inmediatamente a la mano en el medio de quienes la habitan, y de tal manera que esos materiales son reconocidos inmediatamente por los visitantes, por cuanto no están sometidos a tratamientos especialmente alterantes: pizarra sin pulimentar son los suelos; vidrio y madera de pino sin lijar ni barnizar, los tabiques; yeso sin pintar, las paredes y techos; acero laminado rugoso, las estructuras de la escalera y las vigas vistas; luz cenital o bien luz lateral en tono marfil, como la del sol, la iluminación interior; tableros de madera, de acero o de piedra que van de pared a pared, las mesas de trabajo. No más muebles, ni cuadros, ni jarrones, ni aditamentos superfluos que puedan recordar lo artificioso, y ni siquiera recordar algún arte. Allí no hay más que naturaleza, una naturaleza autosuficiente y a la vez domesticada en su salvajismo para ser servicial y acogedora con el hombre hasta grados supremos.



Planta Primera



Planta Baja



Alzado

Pucho y Conrado podrían haberla llamado también oficina ecológica, o incluso oficina naturista, todo lo cual cuadra bastante bien a una empresa financiera dedicada a la inversión en bolsa: la especulación es una actividad natural que genera un medio completamente natural. No solo no lo deteriora, sino que tampoco lo transforma. Si acaso, lo eleva a la perfección que le es más propia.

La oficina de Renta4 es un grito de la arquitectura reciente porque proclama en interiores, de un modo serenamente escandaloso y amablemente estridente, lo que los grandes maestros de la arquitectura contemporánea expresaron en los mismos términos en fachadas y estructuras en la primera mitad del siglo. Al entrar en la oficina uno tiene la impresión de estar pisando los suelos y tocando las paredes de la casa de la cascada de Frank Lloyd Wright (bastante conocida desde que Hightcock rodara en ella una de sus películas más famosas), o de haberse trasladado a Finlandia y vivir en los ambientes creados por Alvar Aalto, es decir, de estar en esos lugares nórdicos donde la naturaleza ha sido asumida en su naturalidad e integrada muy orgánicamente con el conjunto de funciones que constituyen la vida de unos seres humanos bien adaptados al medio. Y simultáneamente, uno se siente bien instalado en Pamplona, porque si la pizarra, el pino, el vidrio, el acero y el yeso, son los elementos que la naturaleza brinda espontáneamente en Canadá y en Escandinavia, también son los que brinda en Navarra.

Pero a la vez, uno tiene la impresión de que eso ha sido posible gracias a las prescripciones de Le Corbusier de concebir la vivienda como una "máquina de habitar", en la que todo está artificialmente calculado y diseñado para unas funciones, y donde la belleza consiste precisamente en la expresión de la funcionalidad, y gracias a los principios que Adolf Loos promulgó en su obra *Ornamento y delito*, la proclamación más apasionada de la autonomía de la arquitectura como arte que se ha hecho en la modernidad.



Sección Longitudinal





Todo es funcional en las oficinas de Renta4, desde ese pasillo con luces engarzadas en el acero del suelo como en los submarinos, y que iluminan la actividad que específicamente se desarrolla en un pasillo y que es pasar, pisar el suelo, hasta los cristales y espacios abiertos que permiten a todos los que trabajan en una misma empresa verse y comunicarse de modo inmediato y directo, o sea, que potencian en vez de anular la facticidad del trabajar juntos.

Por otra parte, todo es arquitectura y solo arquitectura en las oficinas de Renta4. Una de las condiciones que Pucho y Conrado pusieron para hacerse cargo del trabajo fue que el mobiliario y la decoración debía correr de su cuenta, y es que, en efecto, ha sido el mobiliario y la decoración lo que ha estado asfixiando a la arquitectura durante siglos. Ciertamente, la pintura y las artes suntuarias han sido siempre las encargadas de hacer grato el habitar, pero no la arquitectura, que suministraba a lo sumo un soporte plano donde las artes plásticas desplegaban sus logros.



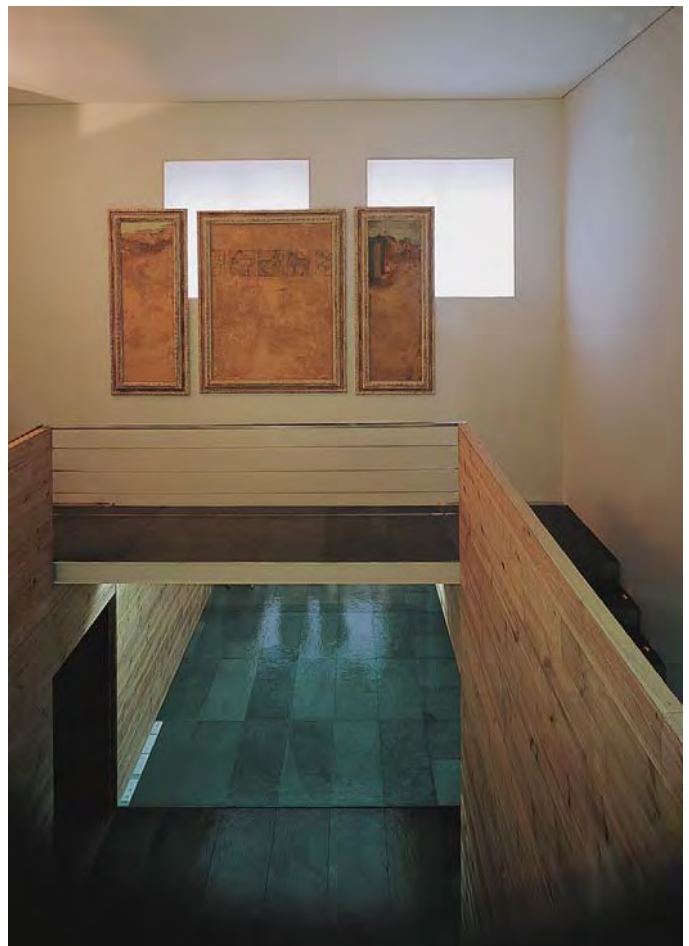
Pero la arquitectura tenía derecho a su protagonismo y a su autonomía. ¿Es que no hay belleza en la naturaleza, en ella misma directamente, en las presencia reales del granito, el acero, la pizarra, la madera, el cristal, además de haberla en las representaciones figuradas con esos materiales de seres humanos o divinos, vegetales o animales? Y si se quisiera captar y expresar esa belleza y sus caracteres, ¿no los expresarían mejor la arquitectura y la escultura que la pintura? Pero la escultura, ¿no había estado demasiado contaminada por la pintura y se había dedicado también a representar escenas y personajes de historias sagradas y profanas?, ¿no habían sido los adornos y la decoración lo que se había considerado fundamental en los edificios, tanto por dentro como por fuera, y lo que inconscientemente había inducido a creer que el hombre puede vivir en el artificio y en la ficción, pero no en la naturaleza y en la presencia real de las cosas? En definitiva, ¿no es la ornamentación el delito perpetrado contra la naturaleza y la realidad? Así era, en efecto. Eso es lo que percibieron los grandes maestros de la arquitectura a comienzos del siglo, a veces con un radicalismo iconoclasta tan vivo como el del judaísmo y el islam o como el de los protestantes más extremistas del XVI, eso es lo que han enseñado y hecho sus continuadores, y eso es lo que Pucho y Conrado, que ya tenían un amplio historial de logros en su haber, han conseguido en la realización de estas oficinas.

Si hacen falta archivos, ficheros, y depósitos de informes, no son necesarios muebles porque el acero y el yeso pueden configurar las paredes de manera que acojan toda esa documentación. Si hacen falta mesas, también el arte del arquitecto puede extender tablonces de madera, planchas de acero o láminas de vidrio a media altura, como tiende peldaños, tabiques, suelos o techos en los niveles extremos. Si hace falta decoración, los nudos de la madera y las vetas de la pizarra captan la atención y dan cauces a la fantasía. Si es preciso que el hombre se sienta seguro en su vivienda y sepa siempre donde se encuentra, los ambientes se disponen todos abiertos desde el principio, y al entrar se percibe en el horizonte de los espacios las diferentes cajas de habitar, de un modo plenamente abarcable con la mirada. Es difícil domesticar mejor la piedra, la madera, el hierro, el cristal, el yeso, el espacio, el aire y la luz para que, sin dejar de ser lo que son, se conviertan en una bienvenida hogareña de la naturaleza a una familia humana, para que se conviertan en casa.



Eso es lo que vivencia, al visitar las oficinas de Renta4, una persona familiarizada con la arquitectura moderna y dotada de cierta sensibilidad estética, y es también lo que experimentan las personas con una sensibilidad estética contemporánea no familiarizadas con la arquitectura. Sienten que les gusta, sin más, sin hacer un recorrido imaginario por la historia del arte, y sin verbalizar su sensación en términos de teoría estética.

Lo que vivencian las personas con una sensibilidad más clásica, o más pictórica, o con menos sensibilidad artística, que es casi siempre el caso de los usuarios, es que se encuentran ante algo raro. Esa vivencia es muy frecuente no solo frente a la arquitectura, sino frente a todo el arte moderno en general, por eso se piden explicaciones ante él y por eso los artistas suelen darlas. Lo excesivamente moderno resulta escandaloso y estridente, porque contrasta demasiado con lo habitual, que además suele equipararse a lo normal y a lo natural, de manera que junto a ello lo nuevo parece frecuentemente artificioso y rebuscado, por mucho que se proclame a sí mismo natural y sencillo. Qué es lo natural y qué es la naturaleza no solamente resulta una cuestión vidriosa para la filosofía, para la moral y para la ciencia, también lo es para el arte e incluso para la artesanía.





A este respecto es ilustrativa la polémica del siglo XVIII sobre los jardines, que recoge Luc Ferry en su libro *El nuevo orden ecológico*. El polemista partidario del jardín francés argumenta que el jardín inglés, cuyo prototipo puede considerarse el césped de Hyde Park con sus arboledas y veredas trazadas al acaso, es rebuscado, artificioso, afectado con una deliberada negligencia, y diametralmente opuesto a la naturaleza, mientras que el jardín francés, cuya expresión máxima se encuentra en los de Versalles, con sus arriates distribuidos según formas geométricas complejas, y describiendo arabescos correspondientes a fórmulas algebraicas, es el jardín inmediata y espontáneamente natural, porque "como todo el mundo sabe, la naturaleza está escrita en lenguaje matemático", de manera que lo natural es el rigor preciso de ese orden geométrico.

Lo natural y la naturaleza aparecen siempre como conceptos problemáticos y paradójicos, dependientes de los contextos culturales y de la sensibilidad propia de ellos, por eso, aunque la obra de Pucho y Conrado quede suficientemente legitimada por las explicaciones que pueden darse a su favor, y por la sensibilidad del sector del público que la valora positivamente, la sensibilidad del otro sector del público que valora y enjuicia de otro modo también tiene su legitimidad, y también tiene su derecho.

Un viejo profesor de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra solía pedir a sus alumnos en los exámenes la justificación de sus proyectos, y cuando le respondían "esto lo he hecho así porque así es como más me gusta", replicaba a su vez "¿es para ti la casa?,... ¿no?, pues entonces esa justificación no me sirve". El cliente, su sensibilidad y sus necesidades, también tienen sus derechos, y más todavía respecto de una corriente artística que ha levantado la bandera de la funcionalidad.

Así, para alguno de los clientes y usuarios, las nuevas oficinas de Renta4 son "como un granero", y ciertamente, los graneros de los valles pirenaicos de Belagua, Belabarce, Zuriza o Ansó, están contruidos con madera, pizarra, y un poco de hierro y vidrio, todo a la vista, completamente funcional, y, desde luego, pueden ser considerados como una muestra de construcción étnica, ecológica y naturista. Para otros, los tabiques de pino resultan de una sobriedad franciscana, o bien producen la impresión de una pobreza vergonzosa y repulsiva, que podría remediarse con unos cuantos óleos de dimensiones adecuadas. Para otros los suelos de pizarra rugosa producen una desagradable impresión de tosquedad y suciedad, y dificultan la limpieza. Para otros la desnudez de las paredes y los suelos difunde una frialdad que ha de ser conjurada mediante jarrones con flores distribuidos por todos los espacios. Para las mujeres que trabajan en la oficina, las mesas en forma de simples tableros dejan sus piernas completamente a la vista no solo de los clientes, sino incluso de los transeúntes de la vía pública, lo que les obliga o bien a llevar pantalones o bien a adoptar un muy limitado número de posturas si llevan faldas. Para otros, además de los ficheros de las paredes, hacen falta ficheros y cajones bajo las mesas para que el trabajo pueda realizarse según algunas rutinas imprescindibles. Para otros, la visibilidad entre el piso de arriba y el de abajo, y la ausencia de un zócalo en algunos laterales, facilita que en las operaciones de limpieza la basura caiga del uno al otro. Asimismo, la ausencia de protectores en determinado tramo de la escalera produce sensación de vértigo a ciertos usuarios.



¿Es que la vida le hace al arte una enmienda a la totalidad? No a la totalidad, pero en este caso, sí le hace enmiendas parciales porque la arquitectura es un arte cuyo producto queda para ser vivido, y la vida es mucho más rica y compleja de lo que ningún programa artístico puede prever. Por eso, la prueba de fuego de una obra de arquitectura no es el encuadre y ajuste de los espacios y funciones sobre los planos, ni tampoco las preguntas del profesor de proyectos, ni las exigencias del cliente, sino las obras posteriores de acondicionamiento de lo edificado a las necesidades más cotidianas.

El arquitecto tiene el derecho y el deber de realizar esas obras. El derecho, para mantener la identidad o la personalidad de su criatura, y para aliviar el dolor que produce verla desmantelada por intrusos. De ese dolor quedan dispensados todos los demás artistas, pues a un pintor no le retocan los cuadros los clientes una vez adquiridos, a un escritor rara vez le cambia el argumento de la novela un editor, y a un compositor casi nunca le alteran los ritmos y melodías de su concierto los intérpretes o el director de orquesta, y cuando eso ocurre el innovador tiene que habérselas con los derechos que protegen a las obras y a los autores.

Por otra parte el arquitecto tiene el deber de hacer esos retoques, como un óptico o un sastre tienen el deber de retocar una graduación de lentes o un traje, porque habitar no es menos fundamental que ver o que vestir en la existencia de los hombres, y en este caso el arte, la arquitectura, no puede ser tan olímpicamente desconsiderado con la existencia humana. El vicio de la desconsideración se les puede perdonar a los estudiantes, porque necesitan una fuerte dosis de snobismo para sentirse arquitectos, y, sobre todo, porque todavía no construyen, pero no se les concede a los profesionales.

Pues bien, Pucho y Conrado han atendido a las demandas de los usuarios, y las han satisfecho manteniendo la fidelidad al principio inspirador de su construcción. El flanco de escalera abierto y que provocaba vértigo, ha sido cerrado prolongando un panel de vidrio muy sólido, en el que se ha grabado el logotipo de la empresa con un carácter de letra muy en concordancia con el resto del diseño (y que a los usuarios resulta más agradable que el de siempre); los suelos han sido tratados con una capa de barniz transparente, que facilita la limpieza y mantiene visible la calidad de la pizarra; los ficheros y cajones que se necesitaban bajo las mesas han sido suministrados en la forma de cajas rectangulares con ruedas, que pueden situarse exactamente donde se necesitan gracias al diseño de los tableros, y que riman perfectamente con el resto de las líneas del edificio; la visibilidad en las zonas bajas ha sido eliminada, según lo solicitado, mediante planchas de acero del mismo tacto y aspecto que las del resto de las oficinas, y que apenas quitan transparencia a los espacios inferiores; la frialdad de alguna esquina y de algún fondo de pared ha sido resuelta mediante una gran cuba de cristal en la que se han depositado arbustos y formas florales, es decir, lo que era la idea del jarrón traducida a términos máximamente ecológicos: las flores no están para servir a un mueble o a una esquina, sino que la esquina y todo el edificio acogen a las plantas y a toda vegetación solamente si les permiten mantener su amplitud, soltura y vocación de intemperie; la desnudez de dos paredes de estuco ha sido remediada con cuadros que abarcan casi por completo ambos paños, pero no son cuadros de las épocas en que la hegemonía de las artes correspondía a la pintura narrativa, sino justo de cuando corresponde a la arquitectura: los cuadros resultan, uno más bien como un fresco o mural de un paisaje agreste, que necesita el protagonismo del muro para ser pintura, y el otro más bien como un mosaico o un bajorrelieve en el que no se relata ninguna historia y se rinde homenaje a las presencias reales de formas onduladas y quebradas, de promontorios semiesféricos y de los colores ocres, blanquecinos y azulados.

No obstante, y a título personal, puedo señalar lo que me parecen dos anomalías en discordancia con el conjunto, de las cuales una está suficientemente legitimada. En primer lugar, al diseño de las sillas y sillones no logro encontrarle ningún sentido étnico, ecológico ni naturista, ni tampoco de presencia real de la naturaleza. En segundo lugar, el enorme tríptico de óleo sobre lienzo que ocupa la pared del fondo, se superpone a los dos ventanales del piso alto sin conmiseración con ellos ni con la luz que entra a su través, sin querer saber nada del resto de las oficinas, y con un temple austero y abstracto. Pero su presencia está legitimada por la vida: es un recuerdo de familia que anuda historias vividas en el pasado, antes de que se construyeran las oficinas, y que había sido donado y recibido con un ruego y una promesa ("- quédate este cuadro y ponlo allí. -Muchas gracias, Carlos, lo pondré"). La arquitectura no puede ni debe desterrar el pasado porque el pasado es la construcción que más se necesita para vivir, la construcción de nuestras vidas. El diseño tampoco puede desplegarse sólo en función de ese pasado, pero puede llegar a un consenso aceptable.

Aún y todo, la oficina de Renta4, con las correcciones que la vida cotidiana demandó de sus diseñadores, produce a primera vista la misma impresión que tendría sin ellas, pues la inspiración a la que responde no sólo no ha sido traicionada por el uso, sino que ha sido confirmada.

Eso no quiere decir que la estética arquitectónica a la que obedece tenga validez perenne y sea de aplicación general, quiere decir que Pucho y Conrado son buenos arquitectos y buenos artistas. En efecto, que haya belleza en el acero y el vidrio, en la madera y el yeso, no significa que lo que se haga con esos materiales va a resultar bello. Con esos materiales pueden producirse construcciones horribles, igual que con el hormigón armado, aunque el hormigón armado sea lo que ha hecho posible obras tan maravillosas como los puentes de Calatrava, o, si se considera que esos puentes son más bien una desviación escultórica de la arquitectura, tan maravillosas como las basílicas de Nuestra Señora de Guadalupe en México DF y en la ciudad de Monterrey (México).

Conocemos suficientes atrocidades perpetradas en hormigón armado para memoria infame de sus autores, y suficientes vulgaridades en acero y madera, vidrio y yeso, para creer que basta un buen programa para producir buenas obras. Conocemos suficientes estridencias y nimiedades en estilo nórdico, para creer que la importación de un estilo dará buenos edificios. Y conocemos suficientes adioses legitimados en nombre de la funcionalidad y la sinceridad constructiva para creer que una excelente máxima puede generar construcciones maravillosas. Porque creer eso equivale a no comprender y no valorar el genio personal de unos diseñadores, ni las exigencias vitales de unos inquilinos, ni el ajuste de unos con otros. Las teorías más sublimes pueden causar estragos en manos de mentes simples, y las más triviales pueden generar maravillas en manos de genios. En este contexto puede decirse que Pucho y Conrado son arquitectos fiables.

Los buenos profesionales son los que ajustan bien el arte y la vida, de forma que cada uno se beneficie del otro y le sirva, y creo que eso es lo que ha pasado con las nuevas oficinas de Renta4 en Pamplona, aunque, desde luego, el punto de vista de la crítica de arte no se legitima más que si los autores y los usuarios de la obra lo ratifican, es decir, si se reconocen en ella y si mediante ella se comprenden mejor a sí mismos, sus trabajos y sus necesidades.

